

**P**ERO, ¿es tan segura la derrota de McGovern? ¿Va a ser tan catastrófica? Ciertamente que si ya era difícil su victoria antes del caso Eagleton, ahora, por las razones apuntadas más arriba, lo es aún más. Pero cuesta trabajo olvidar que su ascensión, hasta el momento de ser nombrado por los delegados demócratas en la convención de Miami, ha sido sorprendente, inesperada y contra todo pronóstico. ¿Por qué el extraño caso del senador McGovern no puede continuar superando todos los pronósticos? Hay algunas posibilidades de que sea así, y probablemente más de las que se sospechan. En primer lugar, es la contrafigura de Nixon. Es decir, que obtendrá simplemente muchos de los votos que Nixon pueda haber perdido desde que fue elegido hace cuatro años y de los que pueda aún perder hasta noviembre. Pero no son esos votos negativos los que piden darle la Presidencia. McGovern sigue insistiendo en su capacidad para crear una «nueva coalición de personas insatisfechas con el status quo», según sus palabras. Es decir, está utilizando no solamente los votos directamente políticos, sino los de aquellos que repudian enteramente la maquinaria política impenetrable en que se ha convertido la democracia de los Estados Unidos en los últimos tiempos. McGovern busca idealistas —por ello su gran error al aceptar las presiones para eliminar a Eagleton—, busca insatisfechos, busca jóvenes —una de sus oportunidades está en los que nunca han votado hasta ahora, entre el gran grupo nacional que abarca a los que tienen de dieciocho a veinticuatro años de edad en estos momentos—, busca marginados, decepcionados de la actual sociedad. Quienes conozcan algo de los Estados Unidos saben que todo americano presenta, más o menos, alguno de estos rasgos: el problema para McGovern está en convencerles de que él representa su cansancio, su aburrimiento de la sociedad materializada, su deseo de renovar la democracia, y de que puede hacerlo.

**S**ON sus bazas. Los grandes políticos creen que son inservibles, y probablemente lo son. Los grandes políticos creen que el mecanismo de la democracia de los Estados Unidos está ya firmemente establecido, de una vez para siempre, y que el reformador heterodoxo McGovern no puede prevalecer contra él. Por eso le abandonan, por eso le repudian y preparan el restablecimiento del partido para cuando termine esta especie de fenómeno meteorológico. Pero hay, probablemente, en Estados Unidos mucha más gente de lo que se cree con ganas de cambiar el sistema, y ven en McGovern una oportunidad de hacerlo (y quizá no tengan razón; quizá, y hasta muy probablemente, si McGovern se instalase en la Casa Blanca se integraría en el sistema); y en estas gentes reside la posibilidad de que el escándalo McGovern continúe adelante y proporcione una sorpresa en las elecciones del 7 de noviembre.



anas. Se trata del cuñado de los Kennedy, Sargent Shriver. Falta aún la aprobación del Demócrata.



El Presidente Sadat, con el coronel El Ghadaffi.

## LIBIA, EGIPTO Y PALESTINA

El panarabismo es una vieja ilusión: la unión de Libia con Egipto, que debe suceder en septiembre de 1973, según el acuerdo de fines de julio entre los dos países, es uno de sus pasos. Otros han fallado. En 1958 se fundó la República Árabe Unida, de una fusión entre Egipto y Siria; vivió mal y se disolvió entre acusaciones mutuas en 1961. En septiembre pasado se acordó una federación entre Egipto, Libia y Siria: apenas funciona, pese al año transcurrido. Ahora se funden —para dentro de un año— dos compañeros de esa federación: el tercero, Siria, acoge bien, oficialmente, la noticia, pero reserva su adhesión. Parece que la salida de los consejeros rusos de Egipto ha sido previa para la unión, y que Libia va a facilitar tanto o más como daban los soviéticos. Libia es rica, tiene una enorme cantidad de petróleo y una población escasa —poco más de dos millones de habitantes—; Egipto es pobre, numeroso —35 millones de habitantes— y mejor preparado técnicamente. Libia está dirigida por El Ghadaffi, a quien se atribuye una considerable inteligencia y una poderosa dosis de fanatismo nacionalista árabe: es una figura que emerge en la sucesión panarabista de Nasser, y dicen sus admiradores que con más capacidad que él. Su oposición al comunismo y a la Unión Soviética es, sobre todo, religiosa: cree en

el socialismo islámico, y que toda forma de gobierno posible se encuentra en el Corán. Es puritano y austero. Tiene muchos enemigos. Unos le acusan de que gasta el dinero en la aventura panárabe en lugar de modernizar Libia; otros, de que le falta realismo en la política. Hace unas semanas se dio como casi segura su desaparición en un golpe de estado, y se le suponía el destino de Ben Bella: pero Ghadaffi emergió de una aventura aún no conocida con esta baza de la unión con Egipto, que no todo el mundo en su país desea. Parece que aunque la capital de la nueva unión estará en El Cairo, será el coronel Ghadaffi quien la dirija. Si no suceden otros acontecimientos de aquí a entonces. Un acontecimiento posible es lo que suceda con Israel. Se sospecha de Ghadaffi la intención de atacar, y de ganar la guerra a Israel sólo con manos árabes, sin consejeros soviéticos. Y sujetando a la resistencia palestina. El domingo, Sadat declaraba que el terrorismo había terminado ya. Extraña e intempestiva declaración cuando la organización palestina Septiembre Negro —de la que se dice que su estado mayor reside en Italia— se declara autora del incendio de los gigantes depósitos de carburante de Trieste y del incendio y naufragio de un barco que llevaba material para Israel.